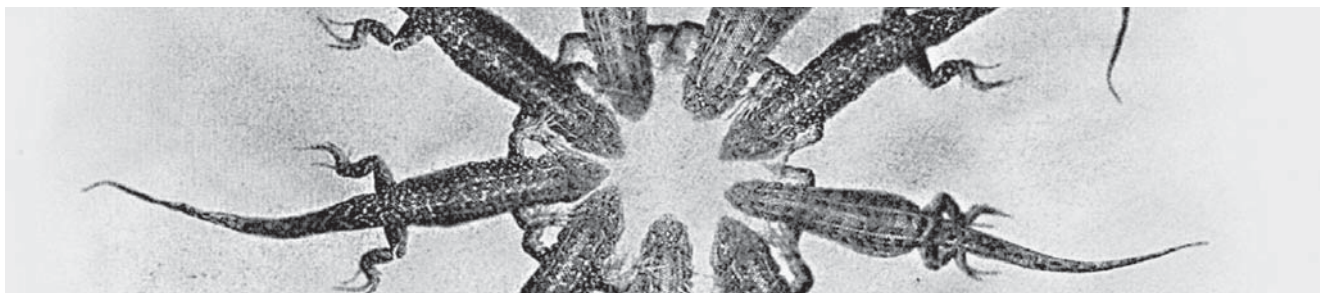


EL AÑO DE LA SECA, DE VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA



JUAN JOSÉ DELGADO

Hay novelas que parecen como si hubieran nacido en el exilio. Ésta que hoy revisitamos, *El año de la seca*, fue editada en portugués en el año 1997; en el año 2000, la prestigiosa editorial venezolana, Monte Ávila, la publica en su versión original en castellano y con prólogo del Nobel portugués, José Saramago. Desde entonces ha gozado de ediciones en España (2002), Francia (2003), Croacia (2006), Portugal (2008). El año pasado volvió a reeditarse en España, de la mano de Tropo Editores.

Es sorprendente y paradójico que Víctor Álamo de la Rosa haya tenido que confiar en imprentas extrañas para dar al público una de sus emblemáticas novelas. No vamos a entrar al trapo en esta cuestión. Yo, hoy, a lo mío, que es el apuntar unas pocas señales que, en mi opinión, caracterizan la novela *El año de la seca*.

1ª SEÑAL: SOBRE GEOGRAFÍA HUMANA

La novela relata asuntos que conciernen a un reconocible territorio insular. Hay una isla que se manifiesta con una fuerza capaz de mantener atados a su áspero territorio a todos lo seres que la habitan. Los personajes insulares ideados por Víctor Álamo principian su vida y casi todos la consuman en el reducho insular. Como resultado de esa combinación de tierra y gente, las páginas irán desahogando los deseos y ensoñaciones, los pensamientos y mentalidades, los actos y conductas que irán tomando cuerpo entre los muros imaginarios de la novela. Los personajes sufren mayoritariamente los rigores de un tiempo que el título remarcará, en buen romance o expresión popular, como *El año de la seca*. El argumento traza la vida de los isleños bajo el padecimiento de una plaga análoga a la de una tragedia clásica. Un marco trágico y envolvente para una serie de personajes que acuna el pensamiento de una maldición, de un destino que se abate sobre ellos y su tierra, y cuya causa trasciende lo físico. Las calamidades que asolan la llamada *Isla Menor* hacen que algunos de sus pobladores se rebelen contra la maldita geografía y adquieran, paulatina o súbitamente, una conciencia que los traslada más allá del quieto territorio natal. Subyace en la novela un “principio de realidad” que, a partir de un determi-

nado punto, va siendo invadido por el deseo, por la imaginación, por el sueño, por la esperanza de ganar un mundo distinto. Dos fuerzas, por tanto, en lucha: realidad frente a deseo. De ahí que se exhiba el impulso del personaje por encontrar la salida de la ruindad vital; una salida que lo llevará a descubrir un nuevo destino en otras fronteras. Es el impulso de rechazo a una tierra que está marcada por la maldición. Es la conciencia de una culpa colectiva y desconocida. Es la huida de una isla atrapada tanto por el inmenso océano, como por un inamovible y lastrante pasado. Es el deseo, en fin, de dejar atrás una tierra, llamada en la novela la *Isla Menor*.

Y de este modo tocamos una segunda señal. Entramos en este punto en los terrenos sangrantes de la emigración.

2ª SEÑAL: NOVELA Y EMIGRACIÓN

He aquí un asunto literario que no es ajeno a la historia cierta de Canarias y que ha sido trasladada a las páginas de su literatura narrativa.

La novela parte de un hecho que la Historia confirma: la sequía que asoló la isla de El Hierro en el año 1948 y la consecuente emigración clandestina en penosos barcos, como cáscaras en el Océano. Para muchos isleños la emigración fue el único recurso de superar la situación catastrófica de sus hogares. En este marco se emplaza *El año de la seca*. Los personajes que emprenden el viaje se ven forzados a trasterrarse por variadas causas: en el caso de algunos, por miedo; miedo a todo: a la sequía, al hambre, a los guardianes del régimen político, a la gente, a la isla, miedo incluso al amor. Otros personajes ponen como razón de la huida la detestada monotonía que encierra su vida. Otros pasan el Océano para guardarse de una amenaza; otros serán perseguidores que se embarcan con el designio de vengar deshonras.

Pero no sólo se cuenta el impulso del hombre de evadirse del paisaje natal. Hay un muy distinto impulso que se destaca aún más en la novela, y es el deseo de cada personaje por agarrarse al más mínimo sentimiento de vida. Un instinto que prevalece en cada ser, aún en las situaciones agónicas más severas. Por este camino, ajeno a las condiciones exteriores impuestas por una geografía roñosa, se va trenzando una vehemente erotización del relato.

Estamos tocando en la puerta de una nueva y llamativa señal.

3ª SEÑAL: EROTIZACIÓN DE LA NOVELA

Las bocas hambrientas buscan el pan más allá del océano. Pero en la *Isla Menor* se aprecia una mayor necesidad: hay cuerpos hambrientos de otros cuerpos. Y a impulsos de ese apetito irán descubriéndose numerosas criaturas que irán entrando, en cuerpo y mente, en un baile que los adentra en un frenético y universal sensualismo. Los personajes no sólo están determinados por las inclemencias del espacio. Las páginas dan sitio tanto al placer del primer beso en la edad joven, como al calor que un cuerpo anciano le pide a otro cuerpo. En las páginas se va asentando la diversa gama de la representación sexual. Hay un ardoroso e irracional ímpetu que acabará rigiendo el pensamiento, la conducta, los actos y los destinos de todos.

Víctor Álamo de la Rosa ha llevado a sus libros, ya sean poéticos o narrativos, el afán de encontrar el instinto de vida mediante, como expresara un poeta, “las oscuras fisiologías del cuerpo”. El ser humano se hace y deshace en deseo. Quiere sentirse vivo –y desvivirse– en el arrebato de una pasión que debe alimentarse permanentemente en su fuego. Una carencia de ardor en los cuerpos significaría la consumación de la vida. El expresionismo ardiente de su lenguaje es el correlato de mantener en alza la vitalidad. En definitiva, el autor quiere que, por mano de la escritura, se encuentren los síntomas y pruebas de una existencia que no piensa rendirse al mundo habitual.

El amor erótico no es una fuerza redentora, y es más que un sentimiento aniquilador. Se extrae de él lo animal y lo instintivo. El cuerpo no deja nunca de ser cuerpo; no ensaya nunca el sentirse alma. La carne, a fin de cuentas, no es bálsamo, ni ternura ni realidad con la que fundirse. Es, al contrario, un caos, un camino escarpado. Acaso únicamente quede una esperanza en la memoria de la vivencias que acunaron alguna vez el placer y la ternura de los cuerpos; es la esperanza de mantener el recuerdo de la llama erótica. Pero el tiempo transcurre. Y es el tiempo por venir, el tiempo que vendrá en el futuro, el enterrador de un fuego que, cuando se rememora, sólo viene para herir y provocar angustias. ¿Hacia dónde conduce la opre-

sión de calmar el fuego bañándolo en el recuerdo? Todo este sinuoso mundo del pensamiento y del deseo conduce hacia el vacío, a la nada, a la sombra, a los fantasmas.

Todos los habitantes de la *Isla Menor* agonizan en su territorio insular o mueren en espacios lejanos. Ninguno ha podido alcanzar mejor destino; rectifico: un personaje se ha liberado del espacio y del tiempo que le tocó vivir. Es aquel que no ha cargado con el atavismo de la isla, que sólo ha necesitado desprenderse de las miserias ancestrales y labrar una nueva existencia en la *Isla Mayor*. En ese nuevo espacio, un personaje femenino se redimirá por una razón: porque acata lo que su voluntad y su cuerpo le piden. Y lo que le reclaman es saciar su sensualidad. En tanto los restantes pobladores van siendo enterrados o degradados por el tiempo, ella irá ganando en belleza y atractivo. No hay milagro o concurso de lo sobrenatural en ello. El cuerpo puede dejar de ser cuerpo y, en poesía, como imaginaba Ortega, convertirse en la gran metáfora del alma. Es la libertad del espíritu quien ganó, para este único personaje, la gracia de una carne luciente y perdurable. Ha conseguido esta mujer un mundo nuevo y a la medida de sus anhelos. El destino se encontraba en ella misma.

4ª SEÑAL: DE HISTORIAS Y VOCES

En palabras de Cicerón, “la historia es la vida de la memoria”. La memoria se llena de imágenes, nacidas de hechos ya acontecidos, pero la transmisión de ese texto memorial no es tarea mecánica ni inocente. La realidad, por muy objetiva que se piense o se quiera plasmar, siempre la penetra el filo de la subjetividad. A partir de ahí cada protagonista participará en el curso de la historia como creador de un particular texto; cada cual elegirá la acción o las situaciones que más desea que se destaquen, así como establecer su radio de amplitud y de alcance. Cada cual es el dueño de su perspectiva; una perspectiva que debe entenderse como un componente más de la realidad, un punto de vista entre diversos puntos de vista –o de voces– cuyo conjunto necesita una organización. En esta novela encontraremos distintos personajes que se muestran como narradores. Cada cual rescata del tiempo una parte de su vida que transcurre en medio de otras vidas pertenecientes también a un mismo marco histórico.